



NIÑA CON VELA, 1966

NIÑA CON VELA
Alexis Ravelo

NIÑA CON VELA

Alexis Ravelo

Tú no sabes que una corriente de aire apagará la vela justo cuando estés en medio de la sala, sumiéndote en la más absoluta oscuridad. Si lo supieras, no intentarías levantarte a por el agua.

Ya eres mayor para llamar a Madre. Si tienes sed, tendrás que ir tú a la pila. También podrías aguantarte hasta por la mañana. Pero la sed no te iba a dejar dormir. Y mañana hay tanto que hacer.

Todos duermen. Será un momento. Tienes miedo de cruzar la casa, porque sabes que sentirás, como otras veces, las miradas. Sé que quieres ser valiente, pero tienes miedo. Eso es inevitable, Adriana, porque sabes que las sombras te miran. O mejor, que algo te mira desde las sombras.

Deben ser las paredes de la casa. Aunque digas que no comprendes, ya eres mayor para entenderlo: doce años, casi una mujer para entender que estos muros son los ojos de quienes habitaron esta casa antes que tú.

Durante el día, la luz les neutraliza, les impide verte. Por la noche, como los gatos, están en su medio. Te observan con estupor e interés. De nada te valdrá encender la vela para cruzar la estancia. Poca luz es para deslumbrarles. Sólo sirve para ocultarlos aún más.

Sin embargo, la vela te da fuerzas. Su luz supone una esperanza de sobreponerte al temor, aunque no sea comparable al poder del sol.

De cualquier forma, no has de temer. No te harán daño. No pueden hacerte daño.

Enciéndela, si eso te hace sentir mejor.

Yo estoy aquí, con ellos, mirándote, en esta noche del cincuenta y cuatro aunque también estoy en esta tarde soleada de tantos años después. Estoy en esta casa que son cuatro paredes y un techo enjalbegados y humildes, pese a estar también en este parque, rodeada de viejos y enfermeras y familiares de viejos y auxiliares de enfermeras. Estoy en esta tarde tranquila de domingo, pero también estoy aquí, entre las sombras, con ellos, mirándote. Veo el temblor de tus manos al rascar el fósforo. Tu manera de inclinar la vela como Madre te enseñó, para que no caiga sobre tus dedos el esperma caliente. Eso te da tanto miedo como la oscuridad.

Al fin y al cabo, la oscuridad no tiene temperatura. Los ojos que te observan desde la penumbra no pueden hacerte nada: no pueden tocarte, salvo con la mirada. Aún eres joven, pero ya lo comprenderás, igual que tantas cosas. Y entonces vas a echar de menos este misterio de la noche, esas miradas furtivas que te acarician la piel bronceada. También echarás de menos esta ignorancia de ahora, este no saber que hay cosas que duelen como el esperma caliente cayendo sobre tus dedos. Lo sé, Adriana, porque yo ya he estado ahí, en esos lugares a donde tú te diriges. Y ahora (*ese ahora* tuyo que es mi lejano ayer) estoy contigo entre las sombras, acompañándote, como siempre; hablándote aunque no puedas oírme. Tú me adivinas, pero no me conoces. Sabes que estoy aquí, pero no sabes lo que soy, quién soy, ni puedes oír lo que tengo que decirte. Me gustaría que pudieras. Que me escucharas y que siguieses mis consejos.

Si así fuese, cuántas espinas, cuántas heridas, cuánto dolor lacerante te ahorrarías. Me habrías ahorrado. Pero no. Tú aún continuarás unos años más temiendo a las sombras, huyendo de las paredes de esta casa, negándote a escuchar los consejos que te susurran.

Para cuando al fin comprendas que ellas son tu único país, tu única patria, el único edificio que no supone para ti una prisión, ya será tarde para regresar, para sumirte en las sombras y permitir que te acoja su abrazo protector: será tarde para todo salvo para volver la mirada y observar desde la penumbra a la niña que un día fuiste y hablarle, aunque no te escuche, aunque ni siquiera pueda oírte, y decirle que eres la mujer que ella un día será y hacerle comprender que no debe temer a las sombras ni a las miradas de quienes moraron en esta casa antes que ella, porque ese mundo inefable que ellos representan es, en fin, el único mundo amable que conocerá, el único lugar que le podrá proporcionar amor y cobijo en ese rosario de quemaduras de esperma de vela que es la vida.

En efecto, Adriana, un día serás una vieja monstruosamente fea y arrugada, inmovilizada por los achaques, medio muerta en una residencia, a la espera de que vengan a visitarla unos hijos que, como siempre, se habrán olvidado de que existe.

Entonces querrás regresar, volver a la tierra, a tu verdadero hogar, que está entre esas cuatro paredes; a tu verdadero país, que es el poblado por quienes habitan esas sombras, ésos que son realmente *los tuyos*. Pero será tarde. Sólo te quedará observar a la niña que fuiste, acompañarla en su temeroso camino hacia la cocina, abrazándote a la inútil esperanza del desvelamiento, a la inútil fe en que escuche tu voz, compadeciéndola, compadeciéndote, pero agradeciendo esta momentánea abolición del tiempo.

Ahora, la enfermera se acerca a mí. Esa mujer comprende mi soledad. Siente lástima, seguramente. Cada domingo, cuando se percata de que, como siempre, mis hijos no están, viene a sentarse a mi lado y me da un poco de conversación. A veces, cuando se lo pido, lee un poco para mí. Me gusta escucharla leer. Como tú le lees a Madre. Como a

Madre le gusta que le leas. Hoy trae un libro de Aleixandre. Sabe que me gusta mucho. Ya me lo ha leído otras veces. Yo pienso en ti, y me pregunto cómo puede ser que esté ahí, que tú hayas llegado a pensarme. Entonces sospecho que Aleixandre tiene la culpa. Para comprobarlo le pido que lea "El niño y el hombre", ese poema que aún no has leído pero que un día, cuando conozcas a quien será el padre de esos hijos que te ignorarán, descubrirás, igual que tantos otros. Aprenderás a amar esos poemas, esas novelas, esos libros. Aprenderás a amarlos y te ofrecerán consuelo cuando la vida se empeñe en dejarte sola y a merced del dolor y la enfermedad. Te ofrecerán consuelo y te ayudarán a entender que siempre se puede volver, que siempre hay una posibilidad de regreso, una oportunidad de supervivencia en los recuerdos.

Un marido puede morir. Los años de estudio y dedicación pueden no servir de nada ante la senilidad. Un hijo puede ignorarte, olvidarse de que existes, de que le diste los mejores años de tu vida. Pero un libro jamás puede fallarte. Tampoco la memoria.